



El estancamiento de la agricultura pampeana y el mercado mundial (1900 – 1960)

Eduardo Sartelli

"Aquí chocan los condenados unos contra otros, lo mismo que la ola, saltando sobre el escollo de Caribdis, se rompe contra la que encuentra. Allí vi más condenados que en ninguna otra parte, los cuales, formados en dos filas, se lanzaban de la una a la otra parte enormes pesos con todo el esfuerzo de su pecho, gritando, fuertemente; dábanse grandes golpes, y después se volvían cada cual hacia atrás, exclamando: "Por qué guardas? Por qué derrochas?" De esta suerte iban girando por aquel tétrico círculo, yendo desde un extremo a su opuesto, y repitiendo a gritos su injurioso estribillo. Después, cuando cada cual había llegado al centro de su círculo, se volvían todos a la vez para empezar de nuevo otra pelea."

Dante, La Divina Comedia

"Recuerdo haber leído no hace mucho en un periódico escrito por agricultores un artículo sarcástico, cuyo título era : "Llueve en Canadá, baja el trigo en María Juana (Santa Fe)". La noticia de una lluvia oportuna, que tras de una sequía pertinaz significaba el aumento de la producción canadiense, había hecho bajar inmediatamente el precio del trigo en todo el mundo, inclusive en Rosario y, de revote, en María Juana. El articulista no podía comprender cómo, por llover en Manitoba bajaba el trigo en María Juana y atribuía el resultado a las eternas maniobras de los especuladores, que juegan con los precios a su antojo y conveniencia."

Coni, Emilio: "La regulación de los precios del trigo" (1932)

La agricultura pampeana atraviesa en las tres décadas que siguen a la crisis de 1930 lo que numerosos investigadores y comentaristas han llamado estancamiento, decadencia o bien, simplemente crisis. No menos numerosas son las explicaciones de tal comportamiento: un sistema incapaz de crecer en profundidad y que se limita a reproducirse en forma simple (Pucciarelli); el dominio redoblado de los terratenientes y su monopolio de las tierras, de las que se limitan a extraer renta (Flichman); una oposición frontal de los terratenientes a la agricultura, expresando un comportamiento no capitalista o no plenamente tal (Giberti, Ferrer); la política agraria peronista y su sesgo antiagrario, trasladando la renta al ámbito urbano (Díaz Alejandro), etc. Muy pocos han puesto su atención en las condiciones del mercado mundial (Barsky, O'Connell). Esta última es, a medias, nuestra postura. Y decimos "a medias" porque nadie, que sepamos, ha analizado el desarrollo de la agricultura pampeana en términos de competencia intrarrama a nivel mundial. Como rama de la producción capitalista, la agricultura sufre los efectos de la competencia igual que cualquier otra rama. La agricultura pampeana era capitalista y como tal competía según las reglas de



la economía capitalista con otras del mismo tipo. Analizar su evolución nos llevará a un rodeo teórico, explicitar el concepto de competencia, tanto en el sentido estricto como en el de competencia en el marco de economías nacionales. A partir de esta contextualización puede jerarquizarse el conjunto de elementos que conforman la trama densa de la historia de la agricultura pampeana.

La crisis permanente?

El mejor resumen, y al mismo tiempo, la mejor refutación de la idea de la crisis permanente en la agricultura pampeana, la ofrece Osvaldo Barsky¹. La idea de un estancamiento perdurable oculta, en su opinión, una serie de cambios importantes y propone, adecuadamente, desagregar los elementos: la fase más profunda de la crisis, entre 1944 y 1952, corresponde a una caída de la producción de trigo, maíz y lino, compensada insuficientemente con la expansión de la ganadería bovina. De 1952 en adelante se verificaría un proceso de recuperación y desde mediados los `60, un rápido proceso expansivo. Cuál es la explicación a esta dinámica? Se hace hincapié en dos elementos de orden externo, la crisis del `30 (cuyo efecto sobre la agricultura no es explicado) y las políticas proteccionistas (cuya causa es atribuída a motivos geopolíticos) por un lado, y por otro, el boicot norteamericano a la Argentina, destinado a desplazar a nuestro país del mercado europeo de cereales. Entre las causas internas, señala la falta de insumos básicos, y las deficiencias del transporte marítimo y acepta que el período adoleció de políticas insuficientes "para permitir el más rápido recupero y expansión de la producción agrícola pampeana". No hay, en sentido estricto, un "estancamiento" de largo plazo. Sí una crisis que se inscribe en un ciclo de cambios importantes que han pasado desapercibidos. Notemos, sin embargo, que, a pesar de la agudeza de su análisis, Barsky no da una explicación global de la crisis agrícola pampeana. En última instancia, se trata de una serie de circunstancias coyunturales. Exactamente, el problema clave de todo el asunto es la demanda, el mercado externo y la competencia. En la medida en que Barsky ha olvidado jerarquizar los elementos bajo análisis, después de haber enfatizado sobre este punto, lo olvida para volverse hacia explicaciones más tradicionales, como la posición "eternamente" subordinada de la

¹La caída de la producción agrícola en la década de 1940", en AAVV, La agricultura pampeana, FCE, Bs. As., 1988



agricultura o la desidia del estado hacia la investigación científica. En el primer caso, Barsky abandona la correcta idea de negar verosimilitud a la imágen de la agricultura como la cenicienta de la pampa. En el segundo caso, sobreestima el poder del desarrollo intelectual y del poder estatal para revertir tendencias ancladas en lo más profundo del ciclo económico: cuál hubiera sido el resultado de un mayor desarrollo de procesos científico-tecnológicos que expandieran una producción que no se puede vender? Si el INTA tuvo una gran responsabilidad en el desarrollo genético fue a partir de los `60, exactamente cuando el mercado mundial daba nuevas oportunidades. De lo contrario, todo hubiera caído en saco roto. Para poder entender el proceso como tal y no como una suma aleatoria de sucesos inconexos es necesario buscar el hilo conductor, el elemento que brinde coherencia y permita jerarquizar las "causas" ofreciendo una visión de conjunto.

El combate eterno

Intentamos en este apartado llegar a un concepto de competencia que pueda constituirse en el eje del análisis. Para ello recurriremos al economista americano-paquistaní Anwar Shaikh y su distinción clave entre el concepto marxista de competencia y el neoclásico. Luego trataremos de desarrollar desde allí algunos elementos que particularizan la competencia en la agricultura, no desarrollados por Shaikh, aunque sí por Marx y, por último, agregaremos a la discusión un punto no discutido por ambos, el de las condiciones concretas de la competencia en el contexto de los estados nacionales y en el contexto de la competencia general entre capitales de distinto origen nacional. Como señala Shaikh, "la competencia perfecta es el engendro de la economía neoclásica"², la clave de una visión apologética del capitalismo, como un sistema perfecto. En este contexto, la economía neoclásica supone que la competencia perfecta es una situación en la que cada firma actúa "como si no tuviera la intención ni la capacidad para influir en la formación de precios." Cada vendedor cree "que él no puede cambiar el precio y por lo tanto asume el papel de un "tomador de precios". Otro supuesto conviene que cada firma fija sus precios al precio del mercado corriente y que sus ventas potenciales varían de conformidad con su volumen de producción y al comparar las ventas

²Todas las citas, a partir de aquí, pertenecen a Shaikh, Anwar: Valor, acumulación y crisis. Ensayos de Economía política, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1991, p. 83 y ss



potenciales con los costos estimados, calcula el volumen de producción necesario. En esta formulación la firma se transforma en un maximizador pasivo de ganancia, suponiéndose que nunca busca bajar sus precios para atacar las posiciones de sus rivales. Es un tomador de precios que, "de manera pacífica y amable" vende al precio del mercado, "de forma que el antagonismo entre las firmas se excluye en los supuestos." Por otro lado, para que la idea de la competencia perfecta sea "perfecta" es necesario agregar un supuesto más: cada firma debe ser infinitesimal en relación con el mercado total, de lo contrario si una de ellas tuviera una producción demasiado grande alteraría los precios de mercado por medio de su impacto sobre la oferta total. Como concluye Shaikh, "la firma es, pues, no solamente pacífica por naturaleza, también es impotente". La conclusión paradójica es que en la competencia perfecta "no tiene cabida la competencia de capitales". Estos supuestos excluyen conceptos como capital fijo, escala mínima de producción o concentración y centralización del capital. Por otro lado, el equilibrio perfectamente competitivo supone que todas las firmas de una industria son parecidas y que cada una disfruta exactamente de la misma tasa de ganancias que las otras. Por el mismo proceso, la tasa de ganancia de empresa es borrada del escenario. Por último, se supone que cada capital es omnisciente, desde que se afirma que todos los trabajos privados llevados a cabo de forma independiente terminarán en una articulación inmediata de la división social del trabajo, quedando anulada la anarquía de la producción.

En cambio, en el concepto marxista de la competencia (que Shaikh trata de distinguir tanto de la economía neoclásica como de la neorricardiana y la neomarxista), define "un proceso, no un estado", un proceso destructivo y antagónico que se asemeja a una guerra. En esta guerra el movimiento de capital de una industria a otra corresponde a la determinación del territorio de batalla, el desarrollo de tecnología corresponde a la elección de armas de guerra y la competencia de una firma contra otra, a la batalla misma. Nunca habrá garantía alguna para ningún capitalista individual de conseguir alguna ganancia. La tasa media de ganancia es así un promedio de los resultados de cientos de miles de batallas peleadas en una variedad de terrenos y con variedad de armas. Como señala Shaikh, "**... la tasa media social de ganancia no funciona, y no puede hacerlo como un determinante directo de las decisiones de los capitalistas, puesto que no está "dada" para ningún capital individual.**"³

³Shaikh, op. cit., p. 84. Negritas en el original.



En el interior de una industria, la dinámica de la competencia tiende constantemente a reproducir las diferencias entre las tasas de ganancia de capitales individuales. Entre industrias, la competencia tiende a igualar las tasas medias de ganancia de los respectivos capitales reguladores. Nunca hay un estado de equilibrio y las tasas de ganancia reguladoras pueden diferir considerablemente de industria a industria en cualquier momento dado, pero a lo largo de un ciclo determinado, "las leyes inherentes a la competencia capitalista se revelan en el movimiento promedio." Esta forma de concebir la competencia en el capitalismo, es la que permite entender la dinámica general de la economía y los procesos de desarrollo.

La competencia entre productores agrícolas se halla, sin embargo, intermediada por al menos dos factores que escapan a la voluntad eternamente transgresora del capital. Atado a los ritmos generales de la naturaleza, el capital se halla apresado también por la forma en que condicionan a esos ritmos las peculiares características de la porción de planeta que le ha tocado en suerte explotar. De esta manera, la competencia pura entre puros capitales aparece manchada por la invisible mano de la naturaleza... La renta de la tierra (tanto en su versión de renta absoluta como de renta diferencial) es la expresión de este obstáculo al dominio pleno del capital. Además de estar intermediada por la naturaleza en el caso específico de la agricultura, la lucha entre capitales se halla mediatizada por la actividad del Estado. Es necesario realizar la siguiente aclaración: en ninguno de los casos la competencia capitalista es alterada en sus rasgos básicos y fundamentales por los elementos que describimos como "mediatizadores". Estos elementos intervienen a medida que nos acercamos a la realidad concreta como especificadores de la lógica del capital, pero de ninguna manera pueden alterarla: tanto el Estado como la naturaleza bailan la danza del capital. Y así les va, especialmente a esta última... Qué queremos decir cuando afirmamos que el Estado mediatiza la lucha entre capitales? Significa varias cosas: primero, que el Estado es tanto arena de, como instrumento para la competencia capitalista. Arena en tanto que el control o la cercanía a, pueden influir en la victoria de unos capitales contra otros, ya se trate de la competencia entre ramas como intrarramas. El Estado se vuelve el lugar donde se pelea, por el que se pelea, con el que se pelea y contra el que se pelea. Esto todo junto y simultáneamente, en un juego en el que los valores morales tienen poco que ver pero a los que se invoca permanentemente. Así les va a ellos también... El problema se complica aún más porque la competencia entre capitales al interior del Estado-Nación se hace de cara a un mercado-nación pero también a un mercado-mundo. Y en este último



marco la acción se mueve, sin contar con las contradicciones que aparecen cuando surgen y se desarrollan capitales transnacionales, entre Estados, sometidos ellos a la lógica de sus respectivos capitales rectores, entendiéndose por estos a los que ejercen las influencias principales en esos estados. Si se recuerda que el Estado puede actuar (aunque no necesariamente) de maestro bienintencionado del capital, actuando según su lógica más global, preocupado por su racionalidad general, a despecho de la actitud por veces suicida de cada capital individual, entonces, la competencia capitalista internacional puede verse intermediada por el Estado en dos sentidos: primero, siguiendo el interés general del conjunto del capital nacional, el estado puede establecer límites precisos al capital extranjero de modo de colocar a aquel en condiciones ventajosas. Sin embargo, rara vez ocurre esto. El cuadro nacional es tan feroz como el internacional y más vale no darle la espalda a nadie. Lo más frecuente es que la acción del Estado suele tener consecuencias discriminadas dentro y fuera, que pueden dar lugar tanto a agrias disputas como importantes acuerdos: en vísperas de la Segunda Guerra Mundial Italia emprendió la "batalla por el trigo". Derechos aduaneros acrecidos y subsidios varios colocaron a la agricultura peninsular en condiciones de competencia inesperadas (Italia era el mayor importador de trigo del continente hasta entonces). Por qué? Si el capital industrial italiano, llegado tarde a la competencia imperial, tenía en mente la posibilidad de tomar una actitud positiva en la disputa que se avecinaba, la lógica global del capital imponía una consideración de ese capítulo todavía no bien estudiado, de la lógica militar del capital. Y esa lógica implicaba tener alimentos abundantes a mano. Es ese dato el que coloca a la agricultura triguera italiana en condiciones de superioridad en la competencia por el mercado italiano.

Aquí la alianza de hecho entre agro e industria es clara, a pesar de que esta última deberá soportar mayores costos laborales. En otros casos la situación puede resultar diferente: en la primera mitad del siglo XIX la burguesía inglesa presionó por la sanción de las leyes de granos, con la que esperaba la afluencia de cereales del extranjero que bajarán sus costos laborales internos. Más allá del resultado práctico inmediato de las leyes, lo cierto es que aquí el Estado sanciona la ventaja para los capitales agrícolas externos en detrimento de los locales y en beneficio de una fracción del capital británico, el industrial.

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero esto muestra cómo las condiciones de competencia entre capitales de una rama en el mercado mundial pueden verse alteradas por razones que nada tienen



que ver con estos capitales sino por la intervención de la racionalidad global del capital en un momento dado o por la racionalidad específica de otros capitales, pertenecientes a las ramas rectoras del capital en una formación social dada. Estas intervenciones suelen manifestarse como intervenciones estatales, pero no siempre es así. De todos modos, conviene recordar que el Estado no es un actor independiente, al menos no totalmente. Por eso, las condiciones de competencia para una rama determinada de actividad en el plano mundial dependen de las condiciones de competencia para otras ramas y de la competencia entre ellas.

Si todo esto que hemos señalado se acerca a la verdad, la competencia entre firmas y ramas en el plano nacional y mundial no puede estudiarse siguiendo exclusivamente las condiciones y la racionalidad propia de empresas y ramas, sino las condiciones de la competencia global y en especial la de los capitales rectores. Esto se complica aún más si se recuerda que sólo hemos razonado a partir del capital y que la acción de éste no sólo se halla limitada por sí mismo sino que se enfrenta continuamente a la racionalidad propia del resto de la sociedad, con sus imposiciones específicas: un movimiento obrero particularmente combativo puede adoptar actitudes que obliguen al capital a tomar medidas que hagan más costosa la creación de las condiciones óptimas de competencia.

La guerra verde

El momento más temprano del desarrollo agrícola capitalista no puede remontarse más allá del siglo XVII. A partir de allí la agricultura bajo marcos capitalistas va a crecer, cada vez más rápidamente, desbordando los marcos nacionales de origen, hasta formarse un mercado mundial de alimentos. Si desde el siglo XVII al XIX se extiende el desarrollo agrario capitalista a otras áreas de Europa, a partir de la segunda mitad de este último siglo comienza un tipo de desarrollo que asocia crecimiento de las economías industriales, expansión de la tecnología del transporte y apertura de nuevas áreas productivas, donde el capital se encuentra completamente libre de las trabas que, en otras áreas del mundo, especialmente en Europa oriental limitan su expansión (ninguna de esas nuevas áreas conoce desarrollos previos de modos de producción precapitalistas que puedan resistir efectivamente la penetración del capital). Este desarrollo lleva a una redefinición de la primera etapa de la formación de un mercado mundial de alimentos: Gran Bretaña abandonará cultivos



extensivos y se asociará a Países Bajos y luego a Italia en la importación masiva de cereales baratos. El mismo camino pero con más reservas seguirán Alemania y Francia. La aparición de nuevos productores, beneficiados por la abundancia de tierras, nuevas posibilidades de transporte y las nuevas técnicas agrícolas, liquida a los países del este Europeo y llega a amenazar a los mismos productores de algunos países centrales que se ven obligados a tomar medidas proteccionistas, especialmente Francia. Estos nuevos países, básicamente cuatro, Estados Unidos, Canadá, Australia y Argentina, copan el mercado mundial de cereales baratos (también el de otros productos, como la lana, los cueros, la carne vacuna y ovina, las oleaginosas como el lino, etc), dejando en segundo lugar a los países de Europa oriental y se transforman en la nueva "cesta de pan" del mundo (entre los cuatro prácticamente cubren entre el 80 y el 90% de la producción mundial de esos cereales).

La ventaja clave, la que había creado la poderosa agricultura británica, era la concentración de la tierra, que facilitó la penetración del capital y la adquisición de una poderosa técnica.⁴ Esta situación, la de grandes espacios productivos combinados con alta tecnología, tierras baratas y fértiles, estaba en la base de la ventaja competitiva de los nuevos espacios.⁵ Durante la "edad de oro de la agricultura mundial" (1880-1930) los "cuatro grandes" se pasan la posta. Los Estados Unidos controlan el mercado al menos hasta 1903. De allí en adelante y hasta 1912 estará claramente dominado por la producción argentina, mientras que, durante la guerra la evolución se hace inestable, alternándose en el primer lugar Canadá y Estados Unidos. En los años `20 se impone Canadá, que llega en esta década al máximo de su capacidad productiva. En los `30 surge como gran productor Australia, que en esa década discute el segundo puesto a la Argentina. La participación del total de los cuatro países en el mercado mundial es notable: en la década de 1920, nunca bajó de 86%, mientras que en los años `30 el mínimo baja al 73% reflejando el crecimiento de otros productores.

Esta evolución no fue lineal. En los años `20 se evidencian tres fenómenos importantísimos: el primero es la culminación de un proceso de crecimiento basado en la incorporación de territorios;

⁴Hobsbawn, E.: Industria e Imperio, Ariel, 1982, p. 193

⁵Entre el 70 y el 90% de los productores de tres países de Europa Oriental que podrían haber sido competidores importantes en el mercado mundial de cereales, especialmente Rumania, no superaban las 50 has. En la Argentina una superficie así no podría alimentar a nadie. Lo mismo sucede en Canadá y Australia, donde se necesitaban superficies aún mayores que aquí. En Estados Unidos, uno de los fracasos de la Homestead Act fue el entregar superficies de 80 has.



segundo, el surgimiento de la superproducción, y el tercero, el del proteccionismo. En el primer caso, se trata del fin del proceso de crecimiento extensivo, que se da en momentos diferentes en cada país: a comienzos de la segunda década del siglo, tanto Argentina como Estados Unidos han llegado a ocupar toda la tierra a su disposición. Se trata del fin de una frontera abierta a la expansión y, por lo tanto, el fin de las tierras baratas, lo que, sin duda, horada la capacidad competitiva de ambos países. Tal cosa no sucede todavía para Canadá y Australia. El primero recién va a poder incorporar a la producción las grandes praderas del interior cuando el sistema de elevadores se desarrolle plenamente, a lo largo de la primera década del siglo. Australia, luego de la expansión a fines del siglo XIX debe recuperar el suelo agotado, con la incorporación del trébol y el uso de fertilizantes. Es entonces cuando surge como gran productor.

Paralelamente el creciente proceso de inversión en la agricultura, está llevando a la saturación del mercado. Esa situación se está viviendo ya en los años previos a la Primera Guerra Mundial y será ésta la que produzca cierto "alivio" en el mercado con la fenomenal destrucción de la potencialidad productiva europea, en especial en Europa Oriental (la URSS prácticamente desaparecerá del mercado mundial por una década). Sin embargo, en la medida en que la inversión en la agricultura tiene una rentabilidad muy alta, cada vez más capitales afluyen a ella, presionando sobre las fronteras. Esta inversión de capital provoca la expansión de la producción y ésta baja los precios al mismo tiempo que aumenta el precio de la tierra. Ambos elementos disminuyen la tasa de ganancia, lo que lleva a, para recuperar ganancia y apropiarse de pedazos ajenos de mercado, aumentar aún más la inversión de capital. La guerra desatada en feroz competencia implica nuevas inversiones, que asumen la forma de desarrollo del arsenal tecnológico siguiendo las características de cada país: elevadores en Canadá, fertilizantes en Australia, cosechadoras en la Argentina, tractores en Estados Unidos. Estas inversiones de capital no hacen más que aumentar la composición orgánica del capital lo que redundará en una menor tasa de ganancia, aumentos de la producción y, por lo tanto, menores precios. La crisis se agrava a pesar de que a corto plazo parece estabilizarse: es la calma que precede a la tormenta. La década del `20 ve desarrollarse este proceso que sólo puede alcanzar un nuevo punto de equilibrio mediante la destrucción masiva de capitales, la ruina de buena parte de los productores y la concentración de la producción, con nuevos niveles tecnológicos y productivos. El tercer elemento que remarcamos, el del proteccionismo, merece una aclaración. Salvo en el caso



de Gran Bretaña, siempre hubo proteccionismo agrícola.⁶ Sin embargo, a medida que la crisis se agrava se vuelven más comunes y más importantes. El proteccionismo europeo es la manifestación de aquella conclusión a la que arribamos en el apartado anterior: la competencia en una rama productiva no puede observarse en sí misma sino que debe tener en cuenta el marco nacional de acción del capital, la lógica global del mismo y, en especial de aquellos que actúan como capitales rectores. Esto puede observarse en el fenómeno del proteccionismo agrario europeo: por un lado, la lógica global de los capitales europeos enfrentados entre sí, especialmente la prioridad que otorga a la agricultura la lógica militar del capital; por otro lado, en la medida en que la crisis en la agricultura no es más que una parte de la crisis global, ésta la afecta directamente. En la crisis los mercados se achican y cada capital se vuelve hacia su propio mercado interno tratando de defenderlo de la intrusión de otros capitales. En efecto, para equilibrar las "cuentas nacionales", los países europeos se ven obligados a restringir importaciones, especialmente aquellas que pueden ser sustituidas por producción local. La agricultura es un blanco clave en este camino elegido. El proceso inverso, el de los países productores agrarios que deben proteger su industria para sustituir importaciones, es la consecuencia lógica.

Si observamos la situación del mercado, puede apreciarse cómo el peso de los abastecimientos desde 1924-25 ascienden en relación al total consumido, a pesar de que la exportación rusa muestra fuertes altibajos y, salvo por un par de años, no cuenta en el mercado. La diferencia entre abastecimientos y consumo pasa de unos 13 millones de toneladas en 1924-25 a 31 millones en 1933-34. Los stocks iniciales trepan de 18 millones en 1924-25 a 31 en 1934-35, demostrando que la superproducción está presente antes del crecimiento del proteccionismo europeo.⁷ La guerra actúa para disimular la creciente producción de trigo que comienza a mostrar un mercado en problemas. Esta situación del mercado fue solucionada a medias por la destrucción masiva de la capacidad productiva europea: de un promedio de 35 millones de toneladas en los tres años anteriores a la guerra, se baja a 25 millones en 1920 y no vuelve a recuperarse hasta 1925. Por doce años el mercado sufrió un bache equivalente a cerca del 12% del total de la producción. Esto actuó en varios sentidos: por un lado postergó la crisis de sobreproducción que venía incubándose; por

⁶Huret, Jules: De Buenos Aires al Gran Chaco, Hyspamerica, Madrid, 1986, p. 428

⁷Todas las cifras sobre producción mundial fueron tomadas de Boletín de la Bolsa de Cereales de Rosario, nro. 597, 30/11/36



otro lado, estimuló la producción de aquellos países que quedaron en posición ventajosa, EEUU y Canadá, que aumentaron fuertemente su capacidad productiva. La Argentina se vio perjudicada por aquellos factores que no pertenecen a la lógica de la rama productiva sino que la "sobredeterminan": en este caso, es el problema de los embarques. Detrás del problema de los embarques comienza a aparecer aquí un factor que irá creciendo a lo largo del siglo: la lógica propia del capital americano, en la que la lógica militar forma parte de la estrategia global de conquista de mercados. Así, no será ésta la primera vez que la Argentina se verá postergada del mercado mundial, no por su capacidad de competencia económica, sino por su incapacidad de competencia política.⁸

Si observamos el desarrollo de la producción es posible apreciar un aumento productivo importante en Canadá y Estados Unidos durante la guerra (mayor en Canadá). También se aprecia una caída con posterioridad al conflicto y luego una recuperación de los niveles alcanzados durante éste. El caso argentino es distinto, en la medida en que sus exportaciones se vieron trabadas durante la Gran Guerra, pero sí es similar el aumento de la capacidad productiva a fines de los años `20. En los tres casos, puede observarse un aumento de la producción superior a la capacidad de absorción del mercado: la diferencia entre el total del abastecimiento y el total del consumo ya llega a 25 millones, muy cercano al tope de los 31 millones en 1934. Mientras tanto, la producción europea todavía está en los niveles de pre-guerra y el aumento que se produce hacia el final de la década, es de apenas 3 millones de toneladas en relación a los mencionados niveles anteriores a la guerra. Si bien su producción llega a 47 millones en 1933, ello se produce cuando el problema ya está planteado y no antes. Además se trata de una cosecha récord, parcialmente compensada por la menor cosecha rusa. En realidad, la producción europea sólo ha aumentado un 10% entre la guerra y los primeros años `30 mientras la producción canadiense se ha duplicado y la norteamericana ha aumentado un 20% (que si parece poco en %, se trata de 4 millones de toneladas). Mientras tanto, la producción de trigo argentino ha aumentado casi un 80%.⁹

No es una crisis de subconsumo ni un resultado de la manía proteccionista. Es una típica crisis de sobreproducción capitalista. Mientras miles de seres humanos mueren de hambre, toneladas de alimentos se pudren sin vender, sus productores van a la quiebra y las fuerzas productivas

⁸Debe aclararse, sin embargo, que la segunda no puede desplazar absolutamente a la primera: una buena política puede dar resultado sólo si se tiene un buen producto en condiciones de competencia.

⁹BCR,BO, 31\5\33, p. 7.



desarrolladas se pierden inútilmente: la lógica del capital no es la lógica de las necesidades humanas. La crisis provoca un replanteo de todas las ideas aceptadas sobre el manejo de la economía. El paradigma liberal da paso al keynesiano y los sueños de intervención del mercado reemplaza al laissez faire más crudo. El mercado del trigo no podía escapar a este hecho: en 1933 se promueve en el seno de la Conferencia Económica Mundial, una Conferencia Mundial del Trigo, tendiente a regular la producción y reducir los excedentes acumulados en Estados Unidos y Canadá, los ejes de la crisis.¹⁰ El terror que cunde en los medios locales es comprensible: son los mismos delegados argentinos los que han propuesto la reducción del área sembrada como solución.¹¹

Una larga serie de artículos aparecidos en el Boletín de la Bolsa de Cereales de Rosario discuten el carácter de la crisis y sus posibles soluciones. Subyacen al debate dos aspectos interesantes: primero, la incompreensión de la causa real del problema; segundo, la confianza en la capacidad competitiva del trigo pampeano.¹² Sobre el primero, la idea de que la crisis fue causada por el crecimiento de la producción "artificial" europea, los especuladores, las maniobras de los banqueros, la manía proteccionista, etc. y que puede resolverse con renovadas muestras de liberalismo, constituyen un ejemplo cabal de la primera reacción universal frente al problema. Sobre el segundo, la posición que va a adoptar el gobierno argentino difiere completamente de la que se verá en el pacto Roca-Runciman. En este caso se muestra una posición negociadora muy firme y decidida. Desde el gobierno, el problema se ve de manera diferente de los asustados productores. Para Raúl Prebisch, entonces funcionario del gobierno, la solución sería que los principales exportadores se entendieran "para aplicar durante algunos años la política de racionalización en materia de trigo", reduciendo la superficie sembrada.¹³ La única solución "natural" radica en achicar la oferta disminuyendo el área sembrada.

Finalmente se logra llegar al Convenio Triguero de Londres, en el que están presentes Alemania,

¹⁰Que los stocks se hayan acumulado en Canadá y Estados Unidos muestra la capacidad competitiva de la Argentina.

¹¹BCR, BO, 15/5/33, p. 1

¹²"Asimismo con alguna mejora de precios, muy posible apenas falle parte de las cosechas de los competidores o consumidores, el trigo mejorará hasta pasar de \$8, con lo que el agricultor argentino no se enriquecerá, pero sí logrará algún beneficio. Ni el labrador de Canadá, ni, menos todavía, el de los Estados Unidos, podrían llegar, en tales circunstancias, a un resultado semejante." BCR, BO, p. 9

¹³BCR,BO, 31/12/32, p. 9-10



Austria, Bélgica, Bulgaria, Francia, Gran Bretaña e Irlanda del Norte, Grecia, Hungría, el Estado libre de Irlanda, Italia, Checoslovaquia, Polonia, Rumania, España, Suecia, Suiza, la Unión Soviética y Yugoslavia, todos ellos a invitación de Argentina, Australia, Canadá y Estados Unidos. Parte del acuerdo consiste en limitar sus exportaciones de trigo durante la campaña del 1 de agosto de 1934 al 31 de julio de 1935 a un máximo que sería para cada país inferior en un 15 por ciento al promedio del rendimiento de la media de la superficie sembrada de trigo en el curso de los años 1931-1933 inclusive, deducción hecha de las necesidades interiores normales.¹⁴

Otras cláusulas atendían a los compromisos de las naciones importadoras, las que aceptaban no propiciar el aumento de sus superficies sembradas de trigo ni tomar ninguna medida gubernamental que lo hiciera, adoptar medidas para aumentar el consumo, bajar aranceles de importación cuando el precio del cereal subiese, evitar toda medida que implique un fracaso del plan, etc. Por último, los países participantes en la conferencia deciden establecer una comisión asesora del trigo, para que vigile el funcionamiento y la aplicación del convenio. El plan en su conjunto intenta lograr, en dos años, la evacuación de los excedentes productivos americanos y canadienses, calculados en 18 millones de toneladas, reduciendo las superficies sembradas de ambos en un 15% cada uno, mientras se mantiene estable la producción argentina y australiana, la de los países del este europeo y la de los "compradores". La Argentina logra un acuerdo satisfactorio en la medida en que, dado que su área sembrada viene reduciéndose de 1929 en adelante, no deberá efectuar ninguna reducción suplementaria. La cuota asignada de exportación para el país es de 3.500.000 toneladas, lo que equivale más o menos a la exportación media de esos años. Si se le suma que la cosecha de 1934 no venía con buenos auspicios, no habría problemas para embarcar toda la cosecha durante el plazo que rigiera el plan (del 1ro. de agosto de 1933 al 31 de julio de 1935). La situación de los países del Danubio y de Australia era similar. El resultado se considera un "triunfo de la iniciativa argentina" y el mérito se atribuye al ministro de Tomaso.¹⁵

Llama la atención que este tratado haya pasado desapercibido en la historiografía del período, especialmente cuando coincide con el que recibió toda la atención, el Roca-Runciman. También sorprende que todas las consideraciones sobre este último giraran en torno a su carácter "nacional" o

¹⁴BCR,BO, 15/9/33, p. 13

¹⁵BCR,BO, 15/9/33, p. 15-18



"antinacional" sin tratar de ubicarlo en el contexto de la crisis mundial. Si bien suele colocarse a la crisis como el marco en el que se desarrolla el tratado, la crisis aparece como algo externo, visión bastante común en la historiografía argentina, no sólo en relación a este tema. Suele afirmarse que, como la Argentina es un país "dependiente", su actividad económica sufre los vaivenes de lo que pasa en los países centrales. Sin embargo, esto implica desconocer que la Argentina es parte de esa crisis, tanto como cualquier otro país. En efecto, tratados como el Roca-Runciman, o este acuerdo mundial del trigo, son resultado de la sobreinversión en agricultura y ganadería, sobreinversión de la que el capitalismo argentino participa como cualquier otro. La crisis no es externa al país, el país es parte de la crisis.

Volviendo al acuerdo del trigo, ya en el primer año hay problemas: la cosecha argentina resultó mayor de lo previsto y el gobierno presiona, con éxito, para que se acepte un aumento de su cuota de 110 a 150 millones de bushells.¹⁶ La Argentina no sólo salió beneficiada del acuerdo sino que está completamente despreocupada por el hecho de romperlo. No es el único país en hacerlo: ni Estados Unidos ni Canadá logran una reducción importante del área sembrada.¹⁷ Los reproches van y vienen, pero era una opinión extendida que la Argentina no había cumplido su parte. Como reemplazo de la fórmula de difícil concreción, reducir el área sembrada, se intentó pasar a la fijación de un precio mínimo. Para concederle a nuestro país los 150 millones de bushells originales, debíamos aceptar el arreglo de los precios mínimos, no exportar luego más de 108 millones de bushells, reducir los cultivos en la medida necesaria para que su saldo exportable al 31 de julio de 1935 no fuera mayor del normal y, por último, obligarse a desnaturalizar la cantidad de trigo sobrante. El conjunto de estas condiciones implicaba, para el país, reducir un 40% el área sembrada, hecho inaceptable para el gobierno nacional. La propuesta argentina ofrecía "... emprender una intensa propaganda para que se reduzcan los próximos sembrados de trigo..." e incentivar a los chacareros para que se pasaran al maíz y al lino aprovechando sus buenos precios.¹⁸ Se evidencia aquí una notable ventaja argentina frente al resto, debido a la enorme flexibilidad productiva de la pampa: la traslación de áreas de cultivo de un producto a otro. Ni Australia ni Canadá pueden

¹⁶BCR,BO, 31/7/34, p. 3-4

¹⁷BCR,BO, 31/7/34, p. 4

¹⁸Ibid., p. 5



hacerlo y Estados Unidos sólo en forma relativa. Lo que queda claro que el país no se compromete a nada.¹⁹ El nuevo arreglo fracasa completamente y las negociaciones se levantan cuando la Argentina se niega a acordar los puntos mencionados. Nuevamente llama la atención el tono enérgico de los negociadores argentinos, que contrasta fuertemente con la imagen de debilidad que surge del Roca-Runciman. La clave de la diferente actitud entre ambos tratados es la posición de fuerza que tiene la Argentina en el mercado de trigo, a comparación de su extrema debilidad en el mercado de carne enfriada.

El fracaso de los intentos de regulación reside en la siguiente contradicción: la crisis de sobreinversión crea la caída de precios, estos llevan a los productores, endeudados en la fase de expansión, al borde de la ruina. Para evitar la ruina se pretende elevar los precios por dos medios: restringiendo el área sembrada e imponiendo precios mínimos. Por el primer método, se obliga a producir menos a quien necesita más ingresos, que disminuyen a medida que caen los precios. Esta solución implica, de hecho, eliminar el capital sobrante en forma pautada internacionalmente. La segunda implica mantener el precio, por lo cual se mantienen las áreas sembradas, de modo que la superproducción continúa, acumulándose sin destino alguno, pagado a expensas de la masa consumidora. Si el primer método parece más coherente, lo es en apariencia: restringir las áreas lleva a seguir adelante con las consecuencias de la crisis, consecuencias que son precisamente aquellas que se quiere evitar.

Si el acuerdo fracasó, la naturaleza no. En los comienzos, "el gobierno, con mucho tino y coraje" debió detener la baja de los precios "y lanzó aquel famoso decreto del 28 de noviembre de 1933" fijando precios mínimos al trigo, lino y maíz, financiado con el "nuevo régimen de las diferencias de cambios", evitándose "la catástrofe económica que amenazaba el país". Milagrosamente, en 1937, el problema parecía resuelto, con precios en alza y demanda recuperada. Ningún acuerdo entre partes logró esa súbita mejoría: el resultado de la sequía americana fue tan "bueno" que se suponía que, a pesar de rendimientos normales del trigo en Argentina o Australia, sólo quedaría para 1937 un reducido margen de 3.000.000 de toneladas de excedente.²⁰ Sin embargo, la euforia duraría poco. La inauguración de la guerra mundial cambiará notablemente las reglas del juego. A

¹⁹Ibid., p. 7.

²⁰BCR,BO, 30/11/36, p. 11-12



poco de comenzar la guerra, el mercado del maíz se desmorona. Hay que recordar que la Argentina tiene un peso importantísimo en ese cultivo (75% de las exportaciones mundiales) y que todo él (70 u 80% por lo menos) es destinado a la exportación para forraje. La situación es grave también para el trigo: la pérdida de dos cosechas de maíz y una de trigo y lino, fijaron las esperanzas en la próxima de maíz, que se perfilaba para récord, pero, "a punto de iniciarse la recolección sobreviene una persistente baja de precios que ha descendido a límites inferiores a los costos de producción, sin que nada permita suponer una reacción del mercado."²¹ "El problema del maíz", se agrava hasta niveles dramáticos con el desencadenamiento de la guerra, especialmente por la pérdida de Alemania como cliente, al que siguió la pérdida de países escandinavos, Bélgica, Holanda, Italia y Francia. Sólo quedó Gran Bretaña, importador menor en relación al resto. Estos hechos coinciden con una de las mayores cosechas de maíz argentino, 10.640.000 toneladas, difíciles de colocar aún en tiempos de paz.²² Si a esto se le agrega el encarecimiento del transporte marítimo y el de los insumos importados el cuadro estará completo.

Aquí van a empezar a jugar aquellos elementos de la competencia capitalista que no están estrictamente ligados a la capacidad de competencia económica. Nos referimos a la capacidad de negociación política de los Estados Unidos. La competencia entre Estados Unidos y Argentina no estaba atenuada por algún tipo de relación especial que reforzara la posición argentina. Con Canadá, Estados Unidos tenía una relación hartó más estrecha que con Argentina. Lo mismo con relación a la vinculación Gran Bretaña-Australia. Por eso, si alguien debía ser sacrificado y expulsado del mercado, excluído políticamente, el mejor candidato era nuestro país. No es obra de la maldad del imperio sino, simplemente, de la competencia capitalista, en la que la agricultura norteamericana se beneficia de la superior capacidad política de los Estados Unidos, globalmente hablando.

El comienzo de la Segunda Guerra Mundial sirve de detonante para el despertar de la capacidad productiva norteamericana. La tasa de crecimiento anual es negativa entre 1919 y 1938, para volver a ser positivas de allí en adelante. El crecimiento de las exportaciones es muy fuerte entre 1940 y 1950, con un bache en 1952-53 para volver a crecer fuertemente luego. La transformación operada pasó por la conformación plena e integrada del agri-business, con la consecuente dominación de la

²¹BCR,BO, 29/2/40, p. 43

²²BCR, BO, 15/7/40, p. 33



agricultura por el capital industrial y financiero.²³ Luego de la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos utilizan su capacidad de presión para evitar que su producción agrícola careciera de mercados. La expansión económica posterior a los `50 beneficia a la agricultura pampeana y le permite recuperarse, pero ya en los `70 la agricultura americana se coloca en el centro de la política americana: para reubicar a la economía americana en condiciones de competencia mundial, se elige como uno de los ejes la expansión de las exportaciones agrícolas. Este fue el leiv motiv de las administraciones de Nixon, Ford y Carter y que seguirá hasta bien entrada la década de los ochenta. Japón, es elegido como una de las metas a alcanzar, junto con los países del Mercado Común Europeo, con un sector agrario ineficiente, dominado todavía por pequeños granjeros subsidiados. La esperanza americana consiste en que pudieran eliminarse estos subsidios gubernamentales y las barreras arancelarias protectoras.²⁴ En esas condiciones, la agricultura yanqui llega a tasas de crecimientos anuales muy altas, tanto como en su mejor época, sentando las bases para una nueva crisis de sobreproducción, que vuelve a enfrentar a los viejos enemigos. La caída de precios, la guerra de tarifas, el proteccionismo y los subsidios conviven con niveles de productividad insospechados mientras el hambre y sus enfermedades crecen en todo el mundo. La lógica de las necesidades humanas no es la lógica del capital...

Conclusión

1) la agricultura, como cualquier rama de la actividad capitalista, está sujeta a la competencia. 2) esta competencia se lleva a cabo en todos los planos, no sólo en el estrictamente económico. 3) la incorporación de tecnología es un arma fundamental en esa competencia. 4) la agricultura pampeana ha seguido la vía que podía seguir en el sinuoso camino de la competencia internacional capitalista.

Cuando la situación lo exigió, a partir de los `20, la renovación de la tecnología pampeana avanzó hasta ser frenada por las condiciones adversas del mercado mundial. Esa tecnología era de carácter

²³Berlan, Jean-Pierre: "Capital accumulation, Transformation of agriculture and de agricultural crisis: a long-term perspective", en Arthur MacEwan and Wiliam K Tabb (ed): Instability and Change in the World Economy, Montly Rewiew Press, New York, 1989, p. 214

²⁴Burbach, Roger y Patricia Flynn: Las agroindustrias transnacionales en Estados Unidos y América Latina, Era, México, 1983, p. 50-51



extensivo con respecto a la tierra por razones más que atendibles. A partir de fines de los `20 el mercado mundial de productos agrarios ha dejado de ser un mercado abierto y, sobre todo, ha dejado de ser un mercado de demanda excedente para pasar a ser un mercado de oferta excedente. En esas condiciones buscar expandir una producción que no tenía mercados carecía de racionalidad. La estrategia realista era mantener niveles productivos a menor costo, lo que podía lograrse con tecnologías que ahorraran trabajo más que capital. Eso fue exactamente lo que se hizo: mientras las fuentes de tecnología estuvieron disponibles, la productividad por hombre ocupado no cesó de crecer. Cuando la guerra interrumpió ese proceso el parque tecnológico se deterioró al no verse auxiliado por una industria local incapaz de desarrollar la infraestructura necesaria. Cuando culminó la etapa de restricciones y los mercados volvieron a una situación de apertura relativa, la agricultura recuperó en una década el tiempo perdido, recuperando niveles tecnológicos y expandiendo niveles productivos de modo antes impensado. Ni la renta diferencial, cuyo monto y perduración a través del tiempo habría que reconsiderar, ni la rentabilidad de la producción extensiva, ni el comportamiento sui generis de los terratenientes ni ninguna otra cosa explica mejor la dinámica de la agricultura pampeana que la evolución de la capacidad competitiva en todos los planos de una rama de la actividad capitalista alojada en un país cuya inserción internacional carece de una sólida economía industrial que la respalde. No es la debilidad de la agricultura la que explica el escaso desarrollo industrial, es el escaso desarrollo industrial el que explica la debilidad de la agricultura pampeana en la competencia mundial.